

—¡Ah! —exclamó San Pedro—. Parecen cantos vascos. Jesús se volvió a medias.

—Creo que aquel bandido a quien tuviste que despachar del Paraíso era uno de ellos.

—¡Oh, Maestro! Todos no son así. —Se apresuró a responder el buen Santo, temiendo que al obedecer a un signo de la mano divina, el pueblo al que se acercaban se hundiera bajo una lluvia de cenizas ardientes.

Ese pueblo, lo habéis adivinado, era Rentería, donde los habitantes, en honor de su Santa Patrona, se preparaban a celebrar las fiestas.

¡Y qué fiestas se hacían entonces para «Las Magdalenas», amigos míos!

Eran, desde la mañana, una sucesión de procesiones por las calles de la Villa, sembradas con flores y adornadas con estandartes tan altos que las figuras de los santos parecían descender del cielo sobre la multitud.

En todos los hogares se preparaban vestidos lucidos y los jóvenes acudían bailando a la llamada de los txistus que tocaban sin cesar del lado de la plaza. Todo parecía iluminado por una espiritualidad extraordinaria y hasta las chimeneas, que echaban hacia el cielo el humo azulado de las buenas comidas, parecían hacerlo con alegría.

San Pedro, deslumbrado ante este espectáculo, murmuró:

—¡Qué bello es!

Pero, como después de tantas tentativas infructuosas había perdido la esperanza de enternecer a su Divino Maestro, no se atrevió a añadir ningún comentario... y, sin embargo, esta vez se equivocó.

Jesús se quedó un momento mirando ondear las banderas de la villa y conmovido por tanta fe ingenua, alzó majestuosamente la mano.

Su rostro reflejaba entonces todo el amor y toda la indulgencia que Él solo puede tener para nosotros, pero San Pedro, que no lo veía más que de espaldas, se imaginó que iba a fulminar la Villa. Se postró entonces de rodillas y, por primera vez desde muchos años, fueron lágrimas de alegría las que llenaron sus ojos al darse cuenta de que aquella mano divina no se había levantado más que para bendecir y absolver.

Al mismo tiempo, una voz que llenó el universo lo hizo estremecerse:

—¡Padre! ¡Padre! —decía Jesús—, ¡ten piedad de tus hijos renterianos!

—Haz que este pueblo conserve siempre la recia espiritualidad que Tú le infundiste, y que las fiestas en honor de su Santa Patrona no pierdan nunca nada de su santa alegría.

Y así se entendieron sin hablar más, el Padre y el Hijo, a través del claro espacio.

DISCURSO BREVE



Estaba reunida la corporación municipal presidida por el, a la sazón, alcalde de Rentería, don Gregorio Goicoechea, debatiendo un proyecto de mejora de las Escuelas de Viteri.

Tras la intervención de varios ediles que se mostraron partidarios de las reformas, pidió la palabra el presidente de la Comisión de Hacienda, de quien se sabía era contrario a la propuesta, y según malas lenguas asesorado por un funcionario municipal de mano muy prieta en cuestión de finanzas.

El alcalde dió su venia y el flamante concejal pronunció este inspirado discurso:

—Yo yo creo que no hace falta gastar dinero en las escuelas, porque... porque...

Aquí se atascó nuestro Demóstenes. Un silencio sepulcral envolvió el salón de sesiones, no se oía el vuelo de una mosca y el nerviosismo se apoderó de todos los presentes. Los segundos, que llegaron a minutos, se hacían eternos. El orador, totalmente azorado no lograba dar con la palabra siguiente y, al fin, se dejó caer pesadamente en su escaño. La discusión había terminado.

ALAMEDA

*Alameda
llena de acordes, de ritmos, de cadencias musicales.
De las hojas de tus árboles
pende el eco vibrante del último concierto.
Los viejos pasean tus aceras
con paso lento, cansino, reposado.
Los jóvenes bailan en la pista,
frenéticos,
locuras de exóticos bailes.
Las madres pasean a sus niños
(cochecitos con encajes de ilusión)
a empujones entre el gentío,
por la concurrida acera.
Los autos por la carretera
ponen el contrapunto de sus bocinas sonoras
a los acordes de la banda de música.
Todo es luz, alegría, ilusión,
música vibrante;
vida y gracia a la vez.
Una sonrisa:
¿Bailamos, por favor?
Vueltas y vueltas
bajo el ritmo loco de la danza.
Día de lleno en la Alameda.
Todos rien, todos bailan alegres
sin saber para qué, por qué, ni cómo.
Sólo hay uno (¿o dos?, ¿tres?, ¿o cuatro?)
que pasa serio y grave por la acera.
¿Soy yo? ¿Eres tú? ¿Será él?
No sé.
Será quien sea.
Pero si va arrastrando a solas su alma a cuestras
(solitario entre el barullo del gentío)
o es un enamorado
o es poeta.*

TXUSTARRA